

843
0.

PA 2378
03
U 48

Es propiedad. Queda
hecho el depósito que
marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1889
Ricardo Alvarez, impresor, Ronda de Atocha, 15.—Teléfono 809.

Manuel Alvarez
= Rull =
PUEBLA

I UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Verificábase magnífica fiesta en el palacio de Fontenay-Cravant. Por la espaciosa escalera de maderas labradas, cuyas paredes adornaban tapices espléndidos con el Don Quijote de Coppel, y que iluminaba la luz eléctrica, subían lentamente señoras y caballeros; éstos, de calzón corto y casaca; aquéllas, en trajes de baile, llenando la embalsamada atmósfera de ese alegre rumor de frases cambiadas, de saludos y de cumplidos que constituyen el prólogo en este linaje de funciones. Desde lo alto de la galería un grupo numeroso de convidados, apoyándose en las balaustradas de peregrinos mármoles, examinaban con atención aquel brillantísimo desfile, como si se hubiesen constituido en jurado de elegancia. Las jóvenes, lujosamente ataviadas, deslizaban, con la gracia inimitable de verdaderas

maestras, sus colas de seda ó de terciopelo, haciendo oscilar, con encantadores movimientos, sus cabezas de cabellos de oro ó de azabache, adornadas con diamantes ó con flores; los elegantes, cuyos fraques negros realzaban el brillo de los vestidos blancos y de los blanquísimos hombros las contemplaban sonriendo. En la meseta de la escalinata y delante de una anchurosa puerta, por la cual ya se veían resplandecientes de luz y de colores los salones de baile, hallábase la condesa de Fontenay, arrogante y afabilísima, que acogía á sus convidados tendiéndoles afectuosamente la mano y tenía para cada uno de ellos una mirada cariñosa y una frase amable. La hermosura de la condesa, hermosura que había sido célebre, se manifestaba en su admirable madurez. Su vestido de terciopelo negro, con elegante delantera de raso, hacía resaltar la belleza maravillosa de sus hombros magníficos y de sus brazos de mármol. Un collar de perlas, única alhaja que la condesa lucía aquella noche, rodeaba su cuello delicado, que parecía llevar con orgullo el suave peso de aquel rostro pálido iluminado por dos ojos oscuros llenos de dulzura. Sus cabellos negros, adornados con una rosa, conservaban aquellas ondulaciones armoniosas que en la época de la juventud de la condesa servían de precioso marco á su frente altiva. Comenzaban á platear algunos hilos de su hermosa cabellera, en las

sienes y alrededor del oído, indicio casi seguro de que la gran señora había cumplido ya el octavo lustro... ese otoño de la existencia en el cual los días buenos, todavía numerosos, están, sin embargo, oscurecidos ya con una sombra de melancolía.

Rodeada por una especie de estado mayor civil, compuesto de hombres á quienes ya el nacimiento, ya la posición, ora su fortuna, ora su inteligencia señalaban puestos preeminentes en la sociedad, estaba la condesa de pie hacia dos horas recibiendo á los invitados que, en gran número, continuaban llegando. Acababa de cruzar algunas palabras con la embajadora de Austria y de acompañarla hasta la entrada de los salones, cuando un joven, muy elegante y de aspecto simpático y agradable, se acercó á la señora de la casa, y hablando en voz baja, con aire de franca familiaridad, dijo:

—Condesa, ¿usted sabe dónde está Armando? Hace ya un cuarto de hora que le busco por toda la casa y no le encuentro.

—No le he visto desde esta tarde—respondió la condesa;—presumo que estará inspeccionando los últimos preparativos de la representación.

—No. Salgo ahora de entre bastidores. La señora de Jessac, en cuyo papel se ha hecho un corte, desea tener un ensayo con Armando, y ni ella ni yo sabemos lo que le ha sucedido. Acaso

nos lo habrá arrebatado algún Dios celoso de sus ruidosos éxitos. ¡Como no haya sido el director de la *Comedia francesa!*

El simpático joven reía. La frente de la condesa, sin embargo, habíase nublado. Sordas é inexplicables inquietudes habían perturbado su corazón. Sin motivo justo, pues su marido ¿dónde podía hallarse sino encerrado en el fondo de sus habitaciones, ocupándose en dar la última mano á su tocado ó bien repasando el papel que debía representar en la obra nueva del marqués de Riva, comedia cuyo estreno iba á verificarse ante el escogido auditorio reunido en los salones?

—Ya ve usted que no puedo alejarme de aquí—dijo la señora de Fontenay, señalando con el abanico los grupos que iban formándose en el descansillo de la escalera esperando turno para saludarla. Busque usted mejor, querido Pablo, y vuelva usted pronto para enterarme del resultado de sus pesquisas.

Dicho esto se dirigió, con paso rápido que hizo crujir su vestido de seda, hacia sus convidados.

El barón de Cravant levantó una cortina de raso que ocultaba un corredor y penetró en las habitaciones particulares que servían de bastidores al teatro, instalado en el fondo del salón principal. En el tocador de la condesa, el primer galán de la compañía de aficionados, Héctor

Firmont, entregaba su cabeza á los cuidados inteligentes de Pontet, el peluquero sin rival en esto de poner á un muchacho el rostro de un viejo decrepito y transformar en joven enamorado á un anciano venerable. El comediante de afición, muy inquieto por una ligera irritación á la laringe, había mandado que le trajesen de la botica más próxima un gargarismo, y cada diez minutos humedecía sus cuerdas bucales con aquella poción tranquilizadora.

En el cuarto de vestir de la condesa, la señora de Jessac, la estrella que declama con el brío de la Chaumont y canta con la gracia de la Judic, estaba acabando de ponerse el primero de los innumerables trajes que debía lucir en su papel de disfraces. Oíase, á través de la puerta, dirigir á su doncella nerviosas advertencias, interrumpidas por brillantes escalas y rápidos arpeggios preparatorios.

—Josefina, por Dios, tenga usted cuidado; va usted á estrangularme... No podré respirar... ¡Ah, ah, ah, ah, ah... aaah! Ya ve usted cómo salen ahogadas las notas... Afloje usted un poco... á ver. ¡Ah, ah, ah, ah, aaah!... Me parece que estaré bien de voz... ¡Eh, que me clava usted un alfiler en la espalda!

Este grito de dolor fué acogido por una carcajada ruidosa. Reía la linda señora Tresorier que, en el cuarto inmediato, separado del otro por una cortina solamente, se paseaba, retorciendo

delante del espejo su hechicero talle de criadita.

—¡Pícara! ¿Se ríe usted?—gritó la señora de Jessac;—cómo se conoce que confía usted en sí misma, y que sabe de antemano que ha de lograr un éxito envidiable.

—Lo alcanzaremos todos, porque dicho sea con franqueza, lo hacemos admirablemente. ¿Eh? ¿Quién viene? ¡No se puede entrar!

Esta exclamación de alarma había sido producida por un conato de abrir la puerta que alguno hacía por fuera.

—No tenga usted miedo—contestó la voz alegre del barón de Cravant;—no es nadie, soy yo nada más.

—¿Cómo nada más?—gritó la señora de Tresorier;—pues basta y sobra. Hágame usted el favor de cerrar inmediatamente esa puerta.

—Pero si cierro no podré hablar á usted, y si no hablo, usted no sabrá lo que quiero decirle.

—Eso es verdad. Pues bien, entorne usted la puerta, pero no mire usted.

—¿Por qué? Pues si realmente está usted visible; corsé y guardapiés es un traje muy presentable...

—Pero ¿cómo sabe usted que estoy así?

—Toma, porque lo estoy viendo en el espejo.

—¡Qué horror!

La señora de Tresorier se lanzó hacia la puerta de la habitación de vestirse y se ocultó á medias con la cortina de raso que la cubría.

—Ahora—dijo—pregunte usted lo que quiera.

—¿No está aquí Armando... por casualidad?...

—¡Cómo! ¿El conde aquí, mientras me visto? Pero usted está loco, por fuerza. Luisa, ¿ha oído usted lo que el señor de Cravant se atreve á preguntarme?

—Sí, es un insolente—respondió la señora de Jessac y continuó en sus vocalizaciones y arpeggios ¡ah, ah, ah, ah, aaah!—Pero yo celebraría muy de veras que encontrasen al conde, porque sería muy conveniente que nos pusiéramos de acuerdo sobre una supresión que han hecho en mi papel y sobre el juego de escena antes de que principiase la representación.

—Si el caso es que Armando se ha desvanecido como una sombra.

—Pero ¿no ha dicho siquiera: volveré?

—Espero que sí vuelva; todo induce á creerlo; sin embargo, el hecho es muy raro. He registrado todos los rincones del palacio... Nada; todo inútil... Mi última esperanza era que estuviera aquí, con usted...

—¿Volvemos á lo mismo?

—¡Bah! Entre compañeros... ¿qué más da? El amor al arte lo justifica todo.

—Corriente; pero no justifica la presencia de usted, que no es cómico, sino simple avisador... ¡Ea!, váyase usted de aquí inmediatamente.

—¡Dios mío, qué insufribles son estas mujeres de teatro!—exclamó riéndose el barón de Cra-

vant. Cerró la puerta y se dirigió, por segunda vez, á las habitaciones del conde. Abrió otra puerta y se halló en el despacho, amueblado con lujo severo y de gusto exquisito; los muebles eran de nogal, artísticamente labrado, y cubrían las paredes tapices de mérito extraordinario; el techo, formado por maderas de precio, aparecía dividido en cuadrados alternativamente azules y rojos, sembrados de tréboles de oro. Veíanse en los cuatro ángulos las armas de Fontenay-Cravant: *Fonte n'ay*, en recuerdo de aquel Cravant que, en la batalla de Moncontour, derribado por la caballería alemana, tornó á montar en su caballo que había perdido la silla, y así combatió, en pelo, durante todo el día. En el centro de la habitación había una mesa que servía de escritorio, y en ella se veían varios papeles esparcidos. Las lámparas estaban á media luz, y reinaba en la estancia una semioscuridad que contrastaba con las iluminaciones del resto de la casa. En el fondo, por una puerta entornada, pasaba una línea luminosa y cierto ruido de pasos indicaba que allí había alguno. Desde el despacho, el barón preguntó en voz alta:

—Armando, ¿es usted quien está ahí?

Aproximáronse los pasos, y el ayuda de cámara de Armando, vestido de negro y serio y solemne se presentó en la puerta.

—¡Ahl! ¿Es usted, Santiago?... ¿No está mi pri-

mo en su habitación? He venido dos veces y no he hallado á nadie.

El rostro del criado adquirió de pronto mayor gravedad de la que ordinariamente tenía; bajó los ojos como si temiera ser demasiado comunicativo, y masculló en inglés algunas palabras ininteligibles.

—¿Qué demonios está usted diciéndome?—gritó con vehemencia el barón;—explíquese usted con más claridad.

El criado, al oír esto, tomó cierto aire de importancia, permaneció impassible y guardó el más profundo silencio.

—¡Caracoles!—exclamó el joven—acabará usted por asustarme. ¿Qué significa todo esto? Ya sé que es usted muy adicto á su amo... ¿Le ha ocurrido alguna cosa desagradable?... Sepamos... La señora condesa es quien me ha encargado de enterarme.

El criado hizo un gesto negativo, pero no pronunció una palabra. Impaciente, el barón apartó con violencia al ayuda de cámara y penetró, por delante de él, en la alcoba. Allí estaba todo dispuesto para que el amo de la casa se vistiese: el pantalón negro, el chaleco blanco y el frac hallábanse simétricamente colocados y cuidadosamente extendidos en la cama, estrecha y baja. En una mesita, colocada en el centro, estaban la camisa, ya arreglada, con sus botones de oro, la corbata, el pañuelo de bolsillo y los guantes.

El barón miró en rededor suyo y vió que la estancia estaba vacía y completamente ordenada. Adquirió, por consiguiente, la certeza de que el conde de Fontenay, cuando sólo debía pensar en sus convidados, se había ausentado de su casa á escondidas de la condesa. Presintió algo grave y misterioso; dirigiéndose, pues, al criado, que le había seguido y permanecía silencioso delante de la ventana, dijo con firmeza:

—El conde ha salido: ¿cuándo?

El ayuda de cámara comprendió que no había medio de ocultar lo sucedido, y como quien se decide á contarle todo respondió:

—El señor conde salió hace ya dos horas.

—¿Cómo ha salido?

—Solo y á pie.

—¿Qué traje llevaba?

—El que ha tenido puesto durante el día.

—¿Qué ha sucedido para obligarle á salir de casa?

—El señor se preparaba á vestirse, cuando recibió un sobrecito azul, un telegrama. Lo leyó y lanzó una exclamación que no pude entender; después dijo en voz alta: «Es necesario que yo vaya.» Y dicho y hecho; tomó el sombrero, se puso el gabán de pieles, y al bajar por esa escalerita que da entrada á su tocador me dijo: «Santiago, arregle usted las cosas de modo que nadie eche de ver mi ausencia. Dentro de hora y media, cuando más, estaré aquí.» Y salió; eran las nueve.

—De suerte que hace ya dos horas.

—Justamente, dos horas. El señor barón comprenderá ahora por qué he tratado de ganar tiempo sin dar explicaciones, y me perdonará que no le haya contestado inmediatamente.

El señor de Cravant movió la cabeza en señal de aprobación. Comenzó después á pasear muy agitado atusándose, como si lo hiciese maquinalmente, su rubio bigote. Lo primero que le ocurrió fué buscar á la condesa para decirle lo que pasaba. Le detuvo, no obstante, el temor de asustarla. Apoyóse, pues, de codos sobre la chimenea y reflexionó, preguntándose qué resolución debería adoptar. Era imposible que la situación se prolongase. El conde representaba con las señoras de Jessac y de Tresorier y los señores Firmont y Perducieres. Antes de media hora sería preciso adoptar una resolución. El público no esperaría indefinidamente. El joven sentía hervir en su espíritu una agitación de calentura; considerábase abrumado por el peso de una gran responsabilidad, y después de unos momentos de vacilación se dirigió á la puerta decidido á entrar á la condesa de lo que sucedía; en aquel momento unos pasos ligeros, acompañados del crujir de la seda sonaron muy próximos, y poco después se presentó en la estancia la misma señora de Fontenay; estaba un poco pálida, y sus ojos parecían más negros bajo las fruncidas cejas. Procuró, aunque en vano, sonreír, y preguntó:

—Vamos, ¿está ya listo?

En aquel instante el barón Pablo de Cravant, que había vivido siempre ajeno á todo cuidado y sin pensar en cosa alguna grave, tuvo la intuición de que se aproximaba el estallido de alguna crisis terrible, en la cual iba á verse desgraciadamente mezclado. Supuso que la ausencia de Armando tenía excusas que convenía ocultar á toda costa á la condesa. Instintivamente procuró cubrir la retirada de su primo, y adoptando el tono de la más absoluta indiferencia, dijo:

—No piense usted en nada, condesa; Armando estará aquí dentro de un minuto.

—Es decir, que no está aquí ahora.

—No; le han llamado por un momento; no es para nada serio.

Tornáronse blancos los labios de la condesa, y un ligero temblor nervioso agitó sus manos. Logró, en absoluto, dominar su emoción, y pudo preguntar casi con la sonrisa en los labios:

—¿Le han llamado? Pero ¿quién?

Sus ojos recorrieron rápidamente la estancia. Vió el traje preparado y al ayuda de cámara tratando de ocultar su turbación. Comprendió, pues, que la engañaban. Una horrible angustia la trastornó; pensó en un duelo, en alguna aventura horrible que amenazaba la existencia de su marido. Adelantó de pronto algunos pasos; acababa de vislumbrar en la chimenea una bolilla

de papel azul, el telegrama arrugado que el conde arrojó imprudentemente antes de salir de su cuarto. La condesa se detuvo; avergonzándose de que le viesen recoger del suelo y desdoblar y leer aquel papel en presencia de su criado. Se volvió, pues, hacia el ayuda de cámara de su marido y le dijo:

—Santiago, hágame el favor de ir al cuarto del señor de Firmont, que se impacienta, y dígame que no podremos levantar el telón lo menos en un cuarto de hora largo; que avisen también á la señora Jessac.

El criado se inclinó en señal de obediencia y salió del cuarto. No bien hubo desaparecido éste, la condesa, sin cuidarse ya del barón, se arrojó de un salto á recoger del suelo el papel azul, lo abrió, y aproximándose á la luz devoró las palabras que contenía, y que era las siguientes:

«Mi tía está gravemente enferma. Venga usted al momento; la inquietud me mata.—LYDIA.»

Los ojos de la señora de Fontenây permanecieron clavados en aquella firma; la respiración pareció haberse detenido en su garganta, y un calor insoportable le abrasaba el pecho. Dejó escapar un sollozo ahogado, y sintiendo que sus piernas se doblaban se dejó caer en un sillón. Allí permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada y presa de horribles torturas morales. En

un segundo todo se derrumbaba en su derredor, su seguridad moral desaparecía, su dicha se había disipado. Nada podía ya esperar de lo porvenir; podía temerle todo de lo pasado... ¡Lydia! Este nombre de mujer que surgía, inopinadamente como el rayo, en medio de su existencia apacible y serena, ¿á quién pertenecía? ¿Qué misteriosa rival lo llevaba? ¿Cuánto tiempo hacía que la trataba Armando? ¿Qué irresistible dominio tenía aquella mujer sobre el conde para obligarle á dejar su palacio, lleno de amigos, á su mujer ataviada, á faltar, en fin, á sus deberes de esposo, de amo de casa, arrastrándole en una noche fría y oscura á un lugar desconocido? ¿Qué interés tendría el conde por aquella mujer? ¿Qué ternura le consagraba? ¿Qué obediencia ciega le había ofrecido para que al primer llamamiento, al primer grito de alarma abandonase todo lo que no era ella y corriese sin pensar en lo que detrás de sí dejaba? ¡Lydia!... Por primera vez aquel nombre penetraba en su alma como aguda flecha. La condesa repetía aquel nombre, cuyo sonido sólo le parecía temible. Estudiaba las sílabas de aquel nombre, repetíalas con lentitud calculada, y una forma suave, radiante de belleza, joven, surgió ante la esposa de Armando; parecía verla como velada por algo vaporoso que dejaba indecisa y vaga la belleza de aquella rival... á la que siempre juzgaba hermosa...

¿Cómo si esa mujer no fuese adorable, podría Armando...?

Al llegar á esta conclusión tan cruel, las lágrimas, largo rato contenidas, se deslizaron de sus ojos, y brotaron de sus labios sollozos que no pudo contener por más tiempo. La gran señora, altiva, dejó su rostro descubierto desdenando el auxilio de sus manos para ocultar el llanto. El barón de Cravant fué único espectador de una desesperación sublime que no guardaba miramientos hipócritas, y que sin otro cuidado que su causa misma, se mostraba profunda, incurable.

El joven, muy conmovido, hizo un movimiento de compasión cariñosa para dirigirse á la señora de Fontenay; ésta le detuvo con el ademán y le dijo:

—No, no; déjeme usted, Pablo; esto me sentará bien.

Una pregunta estaba, por decirlo así, quemando los labios del barón. Ardía el joven en deseos de saber lo que el misterioso telegrama contenía. No se atrevió á preguntarlo. Aquel dolor tan sencillo y tan verdadero le imponía. El barón había visto muy á menudo á mujeres que lloraban; pero nunca había visto derramar llanto con tan admirable orgullo. Dificilísimo era prodigar consuelos á tristeza de aquella índole. Habría sido lo más sencillo maldecir de quien la causaba.

Mientras el barón permanecía allí lleno de embarazo, y sin saber qué hacer, ni qué decir, unos pasos rápidos que sonaron en la escalera hicieron estremecerse á la señora de Fontenay. Levantóse con rapidez; su rostro pareció radiante de súbita alegría.

—Es él—dijo.—¡Vuelve!

Esta palabra ¡vuelve! contenía un mundo de esperanzas repentinamente reanimadas. Acaso la señora de Fontenay había temido que su esposo la hubiera abandonado para siempre. La condesa, al levantarse del sillón, echó de ver que conservaba aún en sus manos y abierto el telegrama; le arrugó vivamente y volvió á arrojarlo en la chimenea; después, dirigiéndose con aire de autoridad al barón, díjole:

—Que no sospeche Armando que he venido aquí... Sobre todo, que ignore que he leído ese telegrama... ¿Me oye usted bien, Pablo? Ni una palabra; ni una sola... ¡Oh, no se lo perdonaría á usted nunca!

Y como una sombra desapareció en la oscuridad del despacho. En el momento mismo el conde, sin poder respirar de puro cansado, penetraba con apresuramiento en su cuarto. Frunció el ceño al encontrarse con su primo, al cual tendió la mano como por máquina, al tiempo que le decía con tono de enojo:

—Calla, ¿estás aquí?

Después, arrojando sobre un sofá su abrigo

de pieles y su sombrero, y comenzando á quitarse su cazadora, gritó:

—Santiago, vamos, vamos; vivito... ¡Demonio! Son más de las once... ¿En donde están ya?

El ayuda de cámara volvió entonces. Pareció admirarse de no encontrar á la condesa en la habitación.

Lanzó furtivamente una ojeada rápida hacia el señor de Cravant; pero habituado á ver, oír y callar, bajó la cabeza y comenzó los preparativos para vestir á su amo. El barón contestó á la pregunta hecha por su primo.

—¿Que dónde están? Carambola, pues están esperándote. Mucho tiempo hace ya que Firmont pateo encolerizado. Y en cuanto á la señora de Jessac ya está llamándote á voces.

El conde hizo un gesto de disgusto.

—¡Ah! Un insoportable asunto que ha sobrevenido cuando yo lo esperaba menos me ha obligado á ausentarme por una hora... Después de todo, no ha sido nada; es decir, nada que personalmente me interese.

Cuando el conde acababa de soltar aquel embuste se fijó su mirada en la bolilla de papel arrojada por la condesa antes de salir de la estancia.

El conde sonrió tranquilo al ver en el sitio mismo en que imprudentemente le había dejado en la precipitación de su marcha aquel telegrama comprometedor é indiscreto. El recuerdo

de aquel papel azulado habíale rodado por la cabeza durante dos horas, en las cuales no había cesado de echarse en cara á sí mismo la ligereza y la impremeditación con que había dejado aquel papel al alcance de un mano indiscreta.

Tomó de una copa que había en la chimenea un cigarrillo; después, bajándose con aire indiferente, recogió el telegrama, le abrió para cerciorarse de que en efecto era el mismo, lo dobló y lo arrolló á lo largo y, colocándolo después sobre una de las lámparas, lo hizo arder; se valió de aquella llama para encender su cigarrillo, y después dejó que se consumiese hasta el fin el telegrama, cuyas cenizas negras aplastó con el pie.

—Mira—dijo el conde dando un suspiro que hizo subir hasta el techo una bocanada de humo blanquecino—¿sabes lo que deberías hacer si fueses complaciente? Coger mi papel que está encima de la mesa y repararlo conmigo.

—Si lo sabes de corrido, hombre.

—No importa... A última hora no estorba tomar precauciones.

—Como quieras; manos á la obra.

Tomó el barón, efectivamente, de encima de la mesa un cuaderno sobre cuya cubierta se leía, escrito en letra grande y clara, el título de la comedia *La escuela de aplicación*, y debajo, en letra más pequeña, el nombre del personaje *Octavio de Margency*; le abrió por la primera hoja

y comenzó á dar al conde las réplicas, según dicen en su vocabulario técnico, las gentes de bastidores. El conde respondía yendo y viniendo desde el despacho al tocador y desde el tocador al despacho y vistiéndose rápidamente. Tendría el conde unos cuarenta años; el cabello castaño, rizado naturalmente; rostro de buen color animado por hermosos ojos azules que velaban pestañas negras; á cada lado de su boca pendían largos bigotes rubios como los que usaban los guerreros galos y que servían de marco á la barba cuadrada que prestaba al semblante mucha energía. Alto, delgado, de maneras distinguidas y de ademán desembarazado, Armando representaba apenas treinta años. Su elegancia era la admiración del *todo Paris* de los revisteros de salones. Antiguo capitán de estado mayor, ayudante del general Mac-Mahón, y después agregado militar en la embajada de Viena, Armando abandonó las filas del ejército cuando su jefe cayó de la presidencia de la República.

Como era rico por su casa y además lo era por su mujer, la hermosa baronesa de Schwarzborg, con quien había casado después de su permanencia en Austria, vivía con gran lujo, hasta la ostentación, y su casa, regiamente montada, estaba considerada como uno de los mejores palacios del arrabal de Saint-Germain. Emparentado con las familias más ilustres de Francia, y relacionado, por su matrimonio, con la más bri-